

Los SWIFT

*Un diccionario
de granujas*



Beth Lincoln

*Con ilustraciones de
Claire Powell*



Los
SWIFT
✂

*Para mi familia,
por la sangre y por el vínculo*

Título original: *The Swift. A Dictionary of Scoundrels*
Publicado por primera vez por Puffin Books,
sello editorial de Penguin Books Ltd (Penguin Random House), 2023

1.ª edición: abril de 2023

- © Del texto: Beth Lincoln, 2023
- © De las ilustraciones: Claire Powell, 2023
- © De la cubierta: Claire Powell, 2023
(Color de la cubierta de Mado Peña)
- © De la traducción: Ana Belén Fletes Valera, 2023
- © De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-3505-5
Depósito legal: M-6845-2023
Impreso en España - *Printed in Spain*

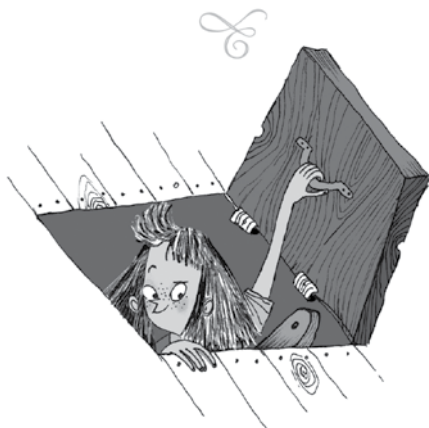


Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Beth Lincoln

Los
SWIFT

*Un diccionario
de granujas*



*Con ilustraciones de
Claire Powell*

Índice

PRIMERA PARTE	9
1. Herencia inesperada	11
2. Diccionario	23
3. Mapa del interior	31
4. Invitación a explorar	43
5. Grabado en piedra	55
6. Estrellas invitadas	65
7. Nombres colectivos	75
8. Como el perro y el gato	87
9. La jubilación	95
SEGUNDA PARTE	105
10. El incidente	107
11. Sospechosos	119
12. Juego de adivinanzas	125
13. Aislados	139

14. Maldad	147
15. Fin del prólogo	161
16. Insinuaciones después de la cena	171
17. Antes de que perdamos la cabeza	179
18. El móvil y los medios	191
19. La jugada de Pomelo	199
20. Caso sin resolver	211
21. La inspiración	223
22. Y tú más	231
23. Brillante plan	245
24. CEP. Cuidado. Muerte	257
 TERCERA PARTE	 267
25. Ensayo	269
26. Desdichas	281
27. Inculpación	287
28. Descubierta	297
29. Figura retórica	303
30. Debajo de casa	313
31. Quien ríe el último	327
32. Desenlace	339
33. Justicia Swift	349
34. Amigos y familiares	357
35. Futuro imperfecto	369
 Agradecimientos	 381



PRIMERA
PARTE



Era una mañana de principios de mayo radiante, para ponerse sus mejores galas, y los Swift estaban en pleno funeral. La casa estaba impecable. Habían barrido las hojas que cubrían el césped, habían recortado el seto del laberinto y habían dado un buen lavado a las estatuas. La familia se había pasado la mañana ensayando sus elogios fúnebres delante del espejo y en ese momento avanzaban en lenta procesión por el cementerio con un gesto serio de lo más profesional.

Según la matriarca de la familia, la tía Epicaricacia, un funeral debería ser como una boda pero al revés. Todos se habían esforzado por cumplir sus deseos. El sendero hasta la fosa de la tía estaba repleto de flores y de los árboles colgaban crespones. Cocinera había hecho una tarta tristona con glaseado negro, que reposaba sobre una mesa a la izquierda de la lápida. A la derecha, un gramófono desgranaba con tono cansino una canción melancólica.

Enredo Swift cargaba la parte delantera del féretro. Era bastante más baja que los demás portadores. En el extremo de atrás, a un lado, caminaba con paso desgarbado su larguirucha

hermana mayor, Felicidad, y por el otro asomaba su enorme tío Tempestad, y aunque Enredo hacía todo lo que podía por aguantarlo, el féretro se inclinaba peligrosamente hacia delante. Fenómeno, que encabezaba la procesión y guiaba a sus hermanas por el cementerio como un controlador aéreo, la miró con recelo. Enredo intentó creerse que era más alta, pero no lo consiguió.

Serpenteaban entre las tumbas como un trozo de hilo dental negro entre hileras de dientes torcidos. Enredo iba leyendo el nombre de sus familiares fallecidos:

Calamitoso Swift

1598-1652

Adjetivo

Que causa calamidades o es propio de ellas.

Campanudo Swift

1733-1790

Adjetivo

Dicho del lenguaje o del estilo: hinchado y retumbante.

Enredo se cambió de lado el peso del féretro, que se tambaleó de manera alarmante. Felicidad protestó y su hermana lo inclinó de nuevo solo para fastidiarla. Dejó un manchurrón en la carísima y reluciente madera al tocarlo con la mano. A su tía no le habría gustado nada. La tía Epicaricacia creía que habría que gastarse más en el féretro que en una casa, puesto que pasabas más tiempo muerto que vivo. Claro que había un montón de cosas que no le gustaban a su tía. Como las rozaduras que Enredo se hacía en los zapatos o las pajitas que llevaba en el pelo o las cosas que se le ocurrían.

A su derecha leyó:

Forajida Swift

1860-1889

Nombre

Mujer que delinque.

Seguro que se habría llevado bien con ella.

Se pararon delante de la tumba, pero se hicieron un lío cuando cada portador bajó el féretro a su ritmo. El tío Tempestad intentó bajar su lado despacio, con dignidad, mientras que Felicidad lo hizo demasiado rápido y Enredo seguía pensando en ser una forajida y no estaba atenta.

—Enredo —protestó Felicidad de nuevo—, ¿te importa...?

La cosa que iba dentro del féretro soltó un alarido.

Felicidad gritó y soltó su lado. El extremo delantero del féretro cayó con un golpe sordo en la hierba, se desequilibró y se precipitó al interior de la fosa, y al caerse, se levantó la tapa. Enredo se apartó de un salto y aterrizó sobre la tarta negra, sacando puñados de bizcocho húmedo y avainillado con las manos bien abiertas.

Se hizo el silencio, a excepción del sonido achacoso del gramófono. Todos los presentes se asomaron con cuidado a la fosa.

El féretro se había abierto y el forro de seda negra del interior brillaba a la luz del sol. Era obvio que no había nadie dentro, aparte del gato Juan, que parpadeó adormilado, se estiró perezosamente y se alejó tan tranquilo hacia los árboles. Enredo se chupó los dedos recubiertos de tarta.

—He de decir que ha sido un ensayo espantoso —dijo una voz detrás de ellos.

La tropa se dio media vuelta con cara de culpabilidad y miró a la tía Epicaricacia, que se había subido al monumento de Canalla. Llevaba el bastón en una mano y sus gemelos de teatro en la otra, a través de los cuales observaba el desastre que habían organizado en torno a su última morada.

—¡Saldrá bien por la noche, tita! —gritó el tío Tempestad rotando los hombros hacia atrás con un crujido de huesos que recordaba a un barco viejo. Levantó a Enredo con una mano, esquivó el intento de la niña de pringarle de tarta la barba y la dejó de pie en el suelo sonriendo.

—Querrás decir por la mañana, vais a enterrarme a las once —refunfuñó la tía Epicaricacia haciendo que se le tensara la gruesa gargantilla de hierro que le rodeaba el cuello como un collarín ortopédico—. A las doce tengo que estar bajo tierra, a las doce y media tenéis que haber dejado de llorar y estar de vuelta en la casa para el refrigerio que estaréis demasiado disgustados para comer a la una menos cuarto. Ese es el plan. No me dais mucha confianza que digamos, Tempestad.

La tía Epicaricacia llevaba una vida muy organizada. Esperaba que ocurriera lo mismo con su muerte. Y como no estaría presente para supervisar su propio funeral, los obligaba a ensayar la ceremonia todos los meses desde que Enredo recordaba. Aún no les había salido bien ni una sola vez.

—Enredo, Felicidad, intentad llevar el féretro a la misma altura la próxima vez. Parecía que me llevarais cuesta abajo.

—¡Es difícil porque el tío Tempestad es mucho más alto que nosotras! —se quejó Felicidad.

—Según el ritmo medio de crecimiento de los adolescentes, deberíamos ser un poco más altas para cuando muera la tía —señaló Fenómeno sacudiéndose trozos de glaseado de su



bata de laboratorio—. La cosa debería estar más equilibrada para entonces.

—¡Eso sí que es optimismo! —se burló su tía—. ¿Y si me muero antes de que crezcáis un solo centímetro? Creo que los adornos pueden servir, Felicidad. Unos cuantos lazos más tal vez. Y en cuanto a Enredo...

La niña dejó de chuparse los dedos.

—Supongo que has sido tú la que ha metido a Juan ahí dentro, ¿no es así?

Enredo se encogió de hombros.

—A los gatos les gustan las cajas.

—¿Podrías esperar a que me entierren antes de profanar mi féretro?

El comentario le pareció muy injusto a Enredo, que creía haber mejorado mucho. El mes anterior había encajado el féretro en la puerta principal y toda la familia tuvo que pasar contorsionándose por debajo para entrar y salir de la casa durante varios días.

La expresión agriada de su tía reflejaba la suya propia.

—Bueno, supongo que tu nombre lo dice todo —dijo. Y tras suspirar añadió—: Haremos un descanso para comer. Aún tenemos que limpiar todo esto antes de mañana.

Y tras recibir el permiso para retirarse, el grupo regresó a la casa. Enredo acariciaba las lápidas por las que iba pasando al tiempo que leía los nombres: Rúbrica, Catarsis, Empeño, Índole.

«Tu nombre lo dice todo».

Intentó no pensar en lo mucho que le molestaba aquella frase que tanto repetía su tía. Nada podía enfadarla ese día.

Ese día era el anterior al día siguiente, y al día siguiente iba a robar la fortuna de la familia.

—Mira por dónde pisas —soltó Felicidad cuando Enredo saltó por encima de una tumba y cayó justo delante de su hermana—. ¿Cómo te las arreglas para meterte siempre entre los pies de la gente?

—Puede que sea porque los tuyos son enormes. Es imposible no chocarse con ellos.

—¡No tengo unos pies enormes! Es que tú eres muy pequeña. Es como tener que ir mirando para no pisar una hormiga.

Enredo empezó a chasquear la lengua y se lanzó sobre su hermana formando unas pinzas con los dedos de las manos. Felicidad retrocedió asqueada.

—Aaag, mira que eres rarita —se quejó, y se alejó furiosa aprovechando que tenía las piernas mucho más largas.

—No deberías fastidiarla, ¿sabes?

Fenómeno se ajustó las gafas y miró a Enredo con expresión inteligente. Fenómeno era científica, así que siempre miraba con expresión inteligente.

—No olvides lo que le pasó a tu catapulta.

—No se me olvida —dijo Enredo. Había intentado explicar que no estaba apuntando a Felicidad, pero ni su tía ni su hermana quisieron escucharla. El caso era que el Megasitiador 5000 quedó reducido a cenizas en el horno de la cocina y Enredo juró vengarse.

Para empezar, cuando encontrara el tesoro, no pensaba darle nada a Felicidad.

Según se acercaban a la casa, dos cosas le llamaron la atención. La primera era el coche que había en la entrada: elegante, con el suelo bajo, de color verde botella y con un morro que parecía una barracuda. Apuntaba hacia la puerta como si fuera su rehén. La segunda era que Cocinera salía de la casa corriendo

a todo correr. Tenía un manchurrón de aceite en una mejilla (seguro que había estado arreglando su moto) y agitaba los brazos y las piernas con energía. Se paró en seco levantando la grava del sendero.

—Está aquí —dijo entre jadeos.

Enredo soltó un grito de alegría y echó a correr hacia la casa, envolviendo al resto en una nube de polvo.

Por el camino repasó mentalmente el contenido de la mochila que tenía preparada en el tejado. Había metido una cuerda, una linterna, ganzúas, una paleta, papel y lápices, un abre-cartas, unos prismáticos, un paquete de galletas y una botella de agua por si se quedaba atrapada dentro de la casa. Seguro que sus parientes irían mejor preparados. Se preguntaba si Fenómeno se habría molestado en fabricar el detector de metales que le había pedido.

Al principio en la penumbra del vestíbulo no vio más que unas manos cubiertas con unos guantes blancos. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, pudo distinguir al resto de la mujer. Estaba casi tan blanca como sus guantes y tenía la piel como la de una manzana que lleva demasiados días en el frutero, apagada y fofa. Costaba adivinar su edad. Llevaba un traje de *tweed* y el pelo, encrespado y de un color indefinido, recogido con poco estilo. Cuando se volvió a mirarla, la luz se reflejó en sus gafitas redondas.

—¡Matriarca! —dijo—. ¡Aquí estamos de nuevo! Hacía...

Pestañeó varias veces en dirección a Enredo, que, recordando sus modales, caminaba hacia ella con la mano extendida. La mujer observó las manos cubiertas de tarta y tierra de la fosa, y escondió las suyas detrás de la espalda como si le estuviera ofreciendo una rata muerta.

La llegada de los demás interrumpió el incómodo silencio. El tío Tempestad emergió entre la montaña de lo que debía de ser el equipaje de la mujer: dos maletas pequeñas bastante estropeadas, una sombrerera y varios tubos de cuero largos atados todos juntos con un cordón. ¿Telescopios? ¿Obras de arte robadas?, pensó Enredo. Hacía poco había leído una historia sobre un instrumento de madera muy largo llamado didyeridú que se tocaba en Australia. A lo mejor aquella invitada era australiana.

Cuando la mujer volvió a hablar, quedó bastante claro que no era australiana. Tenía acento de universidad inglesa y una voz acostumbrada a las bibliotecas.

—Ah, aquí estás, matriarca —dijo con cierto alivio haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza a la tía Epicaricacia—. Y también está Tempestad, por lo que veo. ¡Aquí estamos de nuevo! Reunidos una vez más...

—Herencia —interrumpió la tía Epicaricacia—, se suponía que llegabas mañana.

La mujer asintió con la cabeza con más rapidez y entusiasmo.

—Sí, es verdad, pero como te decía en mi carta, tenemos que tratar un asunto de vital importancia...

—Yo no he recibido ninguna carta —dijo la tía con el tono de alguien que considera personalmente ofensivas las excusas.

—Vaya —dijo Herencia deteniéndose—. Pero... yo la envié hace una semana con el resto de las invitaciones.

La familia gimió al unísono al comprender. La tía Epicaricacia desconfiaba de todo aquel que vestía uniforme, ya fueran policías, soldados, músicos de una banda, dependientes, escolares, bomberos o chefs. Los empleados de correos no eran una excepción. El único al que se le permitía acercarse a la casa era a Suleimán, el cartero del pueblo, pero llevaba dos semanas con gripe.

—Pero bueno, ahora estás aquí —dijo la tía Epicaricacia—, así que poco podemos hacer ya. Niñas, esta es vuestra tía Herencia. Herencia, estas son las niñas: Felicidad, Fenómeno y Enredo, por orden decreciente de edad y orden creciente de fastidio.

—Encantada de... conoceros —dijo la tía Herencia.

Era mentira y Enredo lo sabía. La mentira es un ser molesto con vida propia y da igual lo mucho que intentes ocultarla, que siempre se te nota en la cara o en las manos o en la forma en que cambias el peso del cuerpo de una pierna a la otra. A ella siempre se le había dado bien reconocer las mentiras y aquella estaba agazapada debajo del ojo izquierdo de su tía. Aunque llevaba semanas esperando su llegada, algo en ella le había provocado rechazo nada más verla; puede que fueran sus ojos acuosos o los guantes blancos o la forma en que la miraba, como si acabara de encontrarse algo podrido al fondo de un armario.

—¿Y eres importante? —preguntó Enredo sin mucho convencimiento. Oyó que el tío Tempestad reía con disimulo.

La tía Herencia se irguió antes de contestar.

—Yo soy la archivera. Es mi trabajo, o mejor dicho, mi vocación —se llevó las manos al pecho con delicadeza y se le humedecieron los ojos de emoción—, mi obligación, mi... mi privilegio llevar un registro de la vida de la familia Swift para la posteridad. Yo custodio la historia de la familia, transmito nuestro legado, mantengo nuestras costumbres...

La tía Epicaricacia carraspeó.

—Y hablando del tema, Herencia, continúa. Y date prisa, por favor —advirtió oliéndose que iba a echarles otro de sus discursos.

—Eso, tengo que ocuparme de un experimento en el laboratorio y puede sufrir modificaciones con el tiempo —dijo Fenómeno.

—Y yo tengo que decidir qué voy a ponerme mañana —dijo Felicidad.

—Y yo tengo que comer —dijo la tía Epicaricacia.

La tía Herencia parecía escandalizada.

—¡Esta es la primera vez para Fenómeno y Enredo, Epicaricacia! ¡La tradición lo es todo!

—Pero la tradición no tiene una tortilla de champiñones esperando en la cocina.

La tía Herencia hizo una mueca de desaprobación. Por un momento pareció como si quisiera reñir a la tía Epicaricacia, y que en un arrebato de sensatez se hubiera dado cuenta de que tal vez no sobreviviera al encontronazo.

—Aquí estamos de nuevo —repitió con los dientes apretados—. Reunidos una vez más. Yo, Herencia Swift, archivera, tras consultar los registros, interpretar las señales y comprobar la disponibilidad de todo el mundo, declaro abierta la reunión de la familia Swift. Regresamos a la casa de nuestros ancestros para reforzar nuestro vínculo, mantener la paz entre nosotros y buscar la fortuna perdida, tal como venimos haciendo desde hace décadas y seguiremos haciendo durante décadas, mientras sigan pronunciándose nuestros nombres. Matriarca Epicaricacia, ¿somos bienvenidos?

—¿Mm? Supongo que sí.

—¡Entonces ya está! —exclamó alzando los brazos—. ¡Comienza oficialmente la reunión!



Hace muchos siglos, cuando se llevaban los leotardos y los jubones, todos en la familia Swift se llamaban María o Juan. Te puedes imaginar el lío a la hora de la cena cuando alguien pedía a un Juan que le pasara las patatas y diez manos se ponían en movimiento. Así que María Swift XXXV inauguró la tradición de poner nombre por medio del diccionario familiar. La idea arraigó y los Swift prosperaron. Es fácil que se pase por alto una María o un Juan, pero rara vez se te olvida una persona que se llama Hortera o Estremecimiento.

Enredo no se acordaba del día que nació, pero sí se lo imaginaba: la habitación del hospital, las enfermeras, su madre cansada y sonriente mientras su padre le colocaba bien las almohadas. Se imaginaba también a sí misma, envuelta como un cacahuete chiquitito con una mata de pelo rebelde en la cabeza. Se imaginó el diccionario (esta parte era más fácil porque lo tenía delante): un libraco antiguo, con tapas de cuero y tantas páginas (entre las de vitela, las de pergamino y las de papel) que parecía que iba a reventar las costuras de la encuadernación, llenas de entradas, unas escritas con letra moderna y uniforme, otras mecanografiadas y un poco torcidas, y otras escritas a mano con unas eses largas que parecían efes.

Alguien habría entrado con el diccionario, lo habría puesto encima de la cama (se imaginaba a las enfermeras arrugando la nariz con cara de asco) y su madre lo habría abierto por una página al azar y habría ido bajando el dedo por la página con los ojos cerrados hasta detenerse en una palabra, y su correspondiente definición, que se convertiría en el nombre de su hija.

Enredo se lo imaginaba a la perfección porque el primer día de vida de todo Swift comenzaba exactamente de la misma manera. La única excepción, que ella supiera, había sido la tía Epicaricacia, que nació cinco semanas antes de lo previsto, durante un viaje familiar a Alemania, y sus padres habían tenido que conformarse con lo que tenían a mano.

Felicidad subió como un rayo las escaleras sin esperar a que la tía Herencia terminara de hablar, la tía Epicaricacia se enzarzó en una discusión sobre menús con Cocinera, y el tío Tempestad se puso a inspeccionar el bolígrafo que incorporaba su navaja multiusos. Al ver que nadie le hacía caso, la tía Herencia se acercó a la impresionante vitrina de cristal en la que se guardaba el diccionario. Estaba abierto por la primera página.

Iluminar tiene dos acepciones; la primera quiere decir «dar luz» y la segunda, «decorar con motivos intrincados y coloridos», y ambas estaban representadas en aquella página. La iluminada página iluminada por la luz contaba con una dedicatoria impresa en letras muy elaboradas:

El diccionario de la Casa Swift

La tía Herencia se acercó hasta casi rozar la vitrina con la nariz y sacó una llavecita de la cadena que llevaba colgada al cuello. Con sumo cuidado y respeto metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y sin quitarse los guantes tocó la página amarillenta con dedos temblorosos.

Del piso de arriba llegó un ruido que sonaba como si alguien hojeara rápidamente un libro de gran tamaño y un chillido que cada vez se oía más cerca, y, acto seguido, Felicidad aterrizó en el descansillo. Tras ella, persiguiéndola escalinata abajo, iban las polillas.

Enredo sonrió.

Unos días después de la destrucción del Megasitiador 5000, Enredo había recogido el correo que les había llevado Suleimán. A su nombre había llegado un paquetito cuadrado con agujeros en la tapa superior y dentro varias docenas de orugas que había pedido a una empresa que se anunciaba en una revista de flora y fauna. Se coló a hurtadillas en el cavernoso armario de Felicidad, abrió la caja y dejó que las orugas se atiborrasen de la ropa de su hermana. A base de devorar lana, seda y algodón engordaron y se amodorraron en sus capullos en el interior cálido, seco y oscuro del armario.

Y según parecía los capullos se habían abierto.

Le habría gustado estar delante en el momento en que Felicidad había abierto el armario y se había encontrado frente a las polillas mirándola con cara de pocos amigos. Cada una de aquellas criaturas de cuerpo aterciopelado era tan grande como la palma de la mano de Enredo y tenía dos ojos amarillos enormes en las alas, que supuestamente eran para asustar a los depredadores. Se movían a toda velocidad como un torbellino parpadeante hacia la lámpara de araña diseminando un polvillo. Rozaron con las alas

el rostro de Enredo. Le pareció bastante agradable, como estar en el centro de un suave tornado, pero a juzgar por cómo vociferaba y soltaba manotazos al aire, su tía Herencia no pensaba lo mismo. Una de las polillas, atraída por la luz que iluminaba el diccionario, se había metido en la vitrina de cristal. Cuando la tía Herencia lo vio, se puso a gritar como si alguien estuviera acercándole una cerilla encendida a la *Mona Lisa*.

En mitad del ruido y el caos, Fenómeno apagó la luz con calma. Confusas, las polillas se dispersaron: unas huyeron hacia el fondo de la casa, pero la mayoría salieron por la puerta abierta hacia el sol del mediodía, a aterrorizar a los pájaros de la zona.

Enredo soltó una carcajada.

Felicidad se giró en redondo con los ojos brillantes y húmedos y furiosos.

—¡Mira lo que has hecho! —chilló sosteniendo en la mano un trozo de seda azul. Puede que en algún momento hubiera sido un vestido, pero las polillas le habían hecho tantos agujeros que en ese momento podría ser el bañador de un pulpo. Verlo hizo que Enredo se riera aún con más ganas—. ¡Toda mi ropa está destrozada! —gritaba Felicidad—. ¡Yo misma me había hecho la mitad de las prendas!

—Te lo mereces.

—¡Enredo!

El cuero de la cazadora de Cocinera crujió cuando se cruzó de brazos. Tenía una expresión severa en el rostro, y Enredo notó que se le encogía el estómago. Miró al tío Tempestad, su aliado fiel. Ver su decepción era aún peor.

—¿Qué? ¡Empezó ella!

—¡Eres una mala bestia! ¿Te gustaría que destrozara algo que tú hubieras hecho? —gritó Felicidad.

El estómago de Enredo se recuperó milagrosamente.

—¡Es lo que hiciste! Esto es por el Megasitiador 5000, asque...

—¿Por esa chorrada de catapultas? ¡Si la hiciste en una tarde! ¡Yo tardé semanas en hacer algunas de las prendas de mi armario!

—¡No era una chorrada! Era...

Crac.

Todos se quedaron en silencio cuando oyeron el sonido del bastón de la tía Epicaricacia al golpear la barandilla. La mujer clavó los ojos en Enredo. Se sentía como una de esas polillas clavadas con alfileres en una vitrina.

—¿Estás bien, Herencia?

La tía Herencia seguía sacudiéndose polillas imaginarias del pelo. Tenía cubiertos de polvo los guantes antes impolutos.

—Sí..., creo que sí.

—Enredo, pídele perdón a tu tía —ordenó la tía Epicaricacia con un gruñido.

—Perdón —se apresuró a decir la niña—. No tengo ningún problema contigo aún.

—Bien. Y a tu hermana —añadió la tía Epicaricacia.

—No.

La mujer la miró con cara de enfado. Enredo la miró a ella de manera idéntica. Cuadró los hombros y se dispuso a patalear, chillar y gritar.

Pero lo único que hizo su tía fue encogerse de hombros.

—Muy bien —dijo.

Felicidad se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¿Vas a dejar que se vaya de rositas?

—Recibirá su castigo, no sufras —dijo la tía mirando con expresión adusta a Enredo, que estaba haciendo una pequeña

danza victoriosa—. Pero dudo que sirva de algo. Ella es así. Su nombre lo dice todo.

—¡Eso no es excusa!

—Pero es una razón. —La tía Herencia se sacudió el polvo de los guantes dando unas palmadas—. El diccionario tiene un poder enorme, no lo olvidemos. No se llamaría Enredo si el nombre no encajara con su personalidad.

Enredo frunció el ceño. Pasaba delante del diccionario cada día. Era un libro normal y corriente, un poco grande para leer en el baño, pero un libro como cualquier otro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cierto recelo.

—A mí me dio el nombre de Herencia porque sabía que sería yo quien conservaría los archivos de la familia. A tu tío le dio el nombre de Tempestad al predecir su futuro de marinero. Y a ti te dio el de Enredo porque sabía que causarías problemas.

—¿Estás diciendo que el diccionario es mágico? —preguntó Fenómeno con un resoplido escéptico.

—No —dijo Felicidad entre sollozos—. Lo que dice es que tengo que seguir soportándola.

Y subió corriendo las escaleras secándose los ojos llorosos con el retal de seda carcomido.

Enredo se negaba a sentirse culpable. A Felicidad se le pasaría en unos días. Solo eran un par de vestidos. No podía haber tardado tanto tiempo en hacerlos.

—Pobre Felicidad. No tiene la culpa de que su nombre sea tan prosaico —suspiró la tía Herencia. Se refería a que el nombre de Felicidad, igual que el de Prudencia, Augusto, Rosa o Guillermo, era de lo más normal para alguien que no perteneciera a la familia Swift—. Esos miembros de la familia llevan siempre una vida aburrida, del montón. ¡Me estoy acordando

ahora de otra matriarca, la tía Esperanza! Una mujer encantadora, que por desgracia se convirtió en optometrista. Lo que me recuerda... —dirigió la mirada tras sus gafitas redondas hacia la tía Epicaricacia— el asunto que quería discutir contigo...

Se oyó un golpetazo amortiguado en algún lugar de la casa.

—Os había dicho que el experimento podía sufrir modificaciones con el tiempo —dijo Fenómeno con un suspiro, y salió arrastrando los pies a comprobar qué era lo que había explotado.

*Pasadizos secretos, un tesoro oculto,
una peligrosa reunión familiar,
una arriesgada partida de Scrabble
y un misterioso crimen que resolver.*



*A Enredo no le gusta mucho
que le digan lo que tiene que hacer.*

Entusiasta de los juegos y las travesuras, se mueve por la cochambrosa mansión familiar con sus hermanas y sus tíos ensayando el funeral de la tía Epicaricacia, maquinando bromas pesadas, buscando un tesoro escondido y preguntándose si ella es como es por elección propia o porque así se ha decidido. Y es que la tradición de los Swift dice que, al nacer, cada nuevo integrante debe presentarse ante el sagrado diccionario familiar para recibir un nombre con su correspondiente definición, y que crecerá haciendo honor a ese nombre.



1578759

ISBN 978-84-143-3505-5



9

7 8 8 4 1 4 3 3 5 0 5 5

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com